

HAN, Byung-Chul: *Sobre el poder*, trad. cast. Alberto Ciria, Herder, Barcelona, 2016, 184p.

En este opúsculo podemos otear en sus albores la producción filosófica de uno de los críticos de la “posmodernidad” más celebrados a día de hoy. Byung-Chul Han nos presenta en *Sobre el poder* una búsqueda del denominador común que subyace a la maraña de significados asociados al “poder”. De este estudio beberán con asiduidad el resto de obras que el teólogo y filósofo surcoreano ha publicado desde su aparición en el alemán original en 2005, hasta su traducción al castellano por la editorial Herder en 2016. *La sociedad del cansancio* (2012) o *Psicopolítica* (2014) dan buena cuenta de la vigencia que esta obra tiene en todo el pensamiento de nuestro autor. En esta, lejos de contentarse con un análisis unilateral, Han nos presenta una distribución en cinco apartados mediante los cuales su teoría del poder se pertrecha en todas sus dimensiones. Estas son la lógica, la semántica, la metafísica, la política y la ética del poder.

En el primer apartado, dedicado a la “Lógica del poder”, el autor comienza por criticar determinadas concepciones del poder, como las de Luhmann o Canetti, por ser demasiado estrechas. Estas consideran el poder como un fenómeno excluyente de la libertad, como un ejercicio de coerción mediante el cual aquel que lo profesa sanciona negativamente a otro/s. No obstante, asegura el filósofo, estas propuestas tan sólo podrán dar cuenta de aquellas manifestaciones de poder más rudimentarias, como las relacionadas con la violencia física. El poder se revela como tal, en su esplendor, precisamente cuando no es explícito, cuando no se tematiza como tal por parte de aquellos sobre los que se ejerce. Muy al contrario, es cuando el individuo asume como propia una voluntad que en realidad no es la suya,

---

Recibido: 23/01/2017. Aceptado: 26/01/2017.

sino ajena, cuando el poder verdaderamente interviene. La lógica del poder, cimiento fundamental para el resto de las panorámicas presentes en la obra, es invisible, actúa sinuosa y subrepticamente a través de multitud de máscaras que, dando la «sensación de libertad», impiden al individuo ser consciente de ella.

Ahora bien, para que el poder pueda ser eficiente, estable, no basta con que se propague sin más. Es necesario que ora cree ora se inscriba en un «horizonte de sentido» que conmine a aquellos sobre los que se ejerza a que consideren la voluntad ajena como propia. A que acepten como conveniente el «para qué» y «hacia dónde» de otro/s. En el segundo apartado del ensayo, “Semántica del poder”, Han señala a Nietzsche como el primero en profundizar en esta vinculación poder/sentido, siendo, sin embargo, Foucault quien más ahondaría sobre ello. Tras una primera etapa en la que el poder es concebido negativamente, el filósofo francés se dio perfecta cuenta de que este actúa positivamente, no reprimiendo, sino produciendo. El poder ubicuo ejercido a gran escala se reproduce dando lugar, por ejemplo, a determinados campos de saber que se presentarán como lo «cotidiano u obvio». Nunca a la luz del día, la oscuridad nocturna le permite operar como discurso normalizador, constituyéndose como práctica de la voluntad ajena de una forma tan efectiva que «brilla por su ausencia».

El “por qué” del poder, su razón de ser, será analizado en la “Metafísica del poder”. Sostiene Han que el último Foucault, que vio en el poder una fuente de placer, no acabó, a este respecto, de dar en el clavo. Más allá del autor de la *Historia de la locura*, si lo harán en gran medida Nietzsche o Hegel, los cuales atisbaron en el ejercicio de poder una tendencia connatural. Más concretamente, Hegel entendió el poder como una capacidad propia de todo lo vivo que, precisamente, lo diferencia de lo muerto. Los seres vivos tienden a expandir su «sí mismo», a ampliarse a través del otro, a transformar el ser en posesión. Se trata en cualquier caso de imponer lo interno a lo externo, consiguiendo que los otros acepten nuestra voluntad para, en virtud de esto, vernos reflejados en ella. En mayor o menor medida todos buscamos ser más, no queremos mantenernos replegados en nuestra «mismidad» sino que, aun cuando sea a un nivel pre-reflexivo e ínfimo, ejercemos poder.

Por su parte, como ya advirtió Arendt y tiene presente Han en la “Política del poder”, aquello que puede llegar a propiciar y mantener lo político es el poder. Mas como se reitera en numerosas ocasiones, no mediante la mera violencia o a través, como sostiene Schmitt, de la información. Si bien es cierto que el poder político puede instaurarse apoyándose sobre la

violencia física, y mantenerse con la ayuda de los medios de información, estos son insuficientes. Sobre todo, y a pesar del modelo comunicativo de Habermas, la estabilidad de este «sí mismo» colectivo que es el poder político, y que también procura su verse en lo otro, se consigue mediante la organización y la estrategia. Es, pues, una logística bien perpetrada, es decir, aquella que consiga ejercer la propia voluntad con el consentimiento y “libre elección” de los demás, la que permite que grupos cuantitativamente menores puedan ser reconocidos como los poderosos por colectivos numéricamente mayores.

Por último, en la “Ética del poder” el surcoreano se pregunta por la posibilidad de revertir la tendencia «ipsocéntrica» del poder. Buscar, *à la* Derrida, una franja gracias a la cual el sujeto anule su tendencia a centralizar lo externo, a propagar su identidad, de modo que se abra a lo «múltiple» o «marginal». Una franja cuya existencia podemos constatar precisamente por la “libertad” que el poder bien consolidado permite intentando, eso sí, reducirla lo máximo posible a lo previsible. Capítulo y obra concluirán con la particular etización del poder de Nietzsche, quien lejos de proponer una represión de esa tendencia nos insta a reconocerla con ahínco. A proyectar un ejercicio del poder que nos lleve a un estado de «sobrereabundancia», o «autoglorificación», tal que dé como resultado la «amabilidad aristocrática». Una amabilidad «desinteresada», que no busca la imposición de ninguna voluntad, el ejercicio de poder, puesto que ya lo ha desbordado. En esta «ética del sí mismo» nietzscheana, en términos foucaultianos, el poder no busca expandirse a través de nadie, porque se ha superado a sí mismo.

Establecidos los rasgos generales sobre los que se constituye, podemos decir que esta obra de Byung-Chul Han nos presenta, por una banda, un sugerente estudio a tener en cuenta por todos aquellos que se quieran aproximar, ya sea desde la metafísica o la ética, a la cuestión del poder. Por la otra, y en términos más generales, esta obra también es un instrumento de análisis, como se puede constatar en toda la producción del autor, de nuestra propia sociedad. Estamos ante un trabajo, en definitiva, que difícilmente dejará indiferente a ningún lector en la medida en que le está hablando, en todo momento, de él mismo. Tanto del ejercicio de poder ajeno inscrito en su identidad, como de aquel que cautelosamente ejerce sobre los demás.

Alejandro Villamor Iglesias